

¿Va Latinoamérica a la izquierda?

RENATO JANINE RIBEIRO

Universidad de São Paulo, Brasil

¿Hay un giro a la izquierda en las sociedades latinoamericanas? Parece evidente que sí, por lo menos frente al resultado de los comicios electorales en distintos países. Así, un mapa de los presidentes considerados de izquierda debería cubrir, hoy, de Hugo Chávez en Venezuela y Evo Morales en Bolivia (y Fidel Castro en Cuba, si aceptamos incluir a aquellos cuyo poder no proviene de elecciones) —los situados más a la izquierda— pasando por Néstor Kirchner en Argentina y Tabaré Vázquez de Uruguay, hasta el brasileño Lula y la chilena Michelle Bachelet, probablemente los más moderados. Sería posible añadirles el nombre de López Obrador que, aunque no haya sido proclamado vencedor de los comicios mexicanos de este año, impugnó sus resultados y con eso parece constituir a su partido como una alternativa viable de poder, dieciocho años después de las elecciones de 1988 que hoy se consideran casi unánimemente que fueron fraudulentas para negar la victoria a su compañero del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas.

Tenemos así los principales países del subcontinente latinoamericano gobernados por la izquierda —o teniéndola como una alternativa importante. Eso es inédito en la historia. Pero hay que preguntarse exactamente lo que significa ese giro a la izquierda y cuáles son sus límites.

Su significado quizás más importante y de más largo plazo consiste en llevar al poder presidencial a personas de grupos sociales o étnicos que jamás, desde el período colonial, habían llegado al liderazgo supremo en sus países. La elección de un descendiente de indígenas a la presidencia de Bolivia es su símbolo más poderoso, como se ha podido ver en los ritos del día de su investidura, y ello pese al hecho de que pocos años antes se eligiera a la presidencia del vecino Perú a otro indígena quien, no obstante, hizo un gobierno de derecha. No basta, para estar a la izquierda, ser originario de un grupo étnico o social discriminado. Eso ya sucedió con Fulgencio Batista en Cuba quien era de origen pobre y mestizo. Pero la diferencia de nuestros días es que esa ascensión se celebra como un éxito, no se presenta más como algo que deba ocultarse.¹ Así, tenemos presidentes de sangre indígena o de origen popular, como Lula o Chávez, lo que es una novedad significativa; pero eso no implica necesariamente que el gobernante haga una política de izquierda. Lula, por ejemplo, más de una vez ha dicho que no es de izquierda, o que ese término no tiene mayor importancia para él —aunque el PT se haya definido, por un largo tiempo, como un partido socialista en el interior del cual varios grupos

se proponían como fin último la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Por otra parte, aunque Chávez tenga una retórica extremadamente fuerte de izquierda, no son pocos los que afirman que su política no ha traído verdaderos beneficios a los más pobres. Algunos críticos llegan a afirmar que lo que pasó en algunos países de Latinoamérica, incluso Brasil, no fue sino la ascensión al poder de un grupo social más, compuesto por los líderes de los partidos «de izquierda» y de los gremios sindicales —y no la promoción social de sus representados.² En Brasil se podría resumir esa crítica como sigue: 1) el PT fue una coalición de liderazgos sindicales, de movimientos populares con base en la Iglesia Católica y de intelectuales: sus ideales convergían, pero no sus historias pasadas; 2) en el poder, o al menos en el gobierno, tales grupos se condujeron de distintas maneras: para los intelectuales la ascensión política no significó necesariamente una ascensión social, pero para los gremialistas ella puede ser muy importante como un cambio de nivel de vida: por lo tanto los liderazgos no estarían tan comprometidos con sus representados como lo estuvieron en el pasado y las políticas de reforma o incluso de revolución social habrían sido substituidas por políticas compensatorias, cuyo mayor efecto sería hacer que los electores más pobres, o incluso miserables, que históricamente siempre votaron por la derecha, pasaran a votar por Lula, pero sin cambiar su conciencia social y política: Lula sería ahora el «padre de los pobres», su política sería paternalista, no emancipadora; 3) eso explica y quizás implica que un grupo de electores de clase media, quienes históricamente apoyaron al PT, perdió sus esperanzas de transformación social y se volvió a un nuevo partido, el PSol, de extrema izquierda, que consiguió alrededor del 7 % de los votos en sus primeras elecciones presidenciales, el 1 octubre 2006.

A un observador más neutral le sería imposible negar las conquistas del gobierno brasileño de centro-izquierda —nunca los pobres comieron tan bien en Brasil— pero habría que añadir que otros puntos de una agenda de izquierda como era la del PT no tuvieron el mismo éxito, y que quizás no se trate simplemente de un aplazamiento, de un tiempo más que las cosas van tomar, sino de una renuncia definitiva a las propuestas emancipatorias y de una aceptación de un rol comparable al de una socialdemocracia europea blanda, que admite no sólo el carácter insuperable del capitalismo, sino también los principios neoliberales de una política social sólo compensatoria: lo que se podría llamar un «capitalismo salvaje con rostro humano». Eso es muy grave y, aunque el presidente siga siendo muy popular (no ganó las elecciones en la primera vuelta por un margen reducido y las ganó con veinte millones de sufragios más que su adversario cuatro semanas más tarde), ya no encarna a los ojos de los sectores críticos de la sociedad la mayor parte de las esperanzas que no cesó de difundir a lo largo de los más de veinte años de discurso sindical y después partidario que precedieron a su elección en 2002. Si por un lado esa moderación del gobierno Lula le garantizó la gobernabilidad, por el otro no impidió a la derecha e incluso al partido que se presenta como socialdemócrata (el PSDB) de hacer todo lo posible, desde comienzos de 2003, para impo-

sibilitar su gobierno. El Congreso Nacional, por ejemplo, no ha votado casi nada importante desde el principio de 2004. Es un gran éxito de Lula —pero quizás más personal que partidario o político— haber sido capaz de concluir su primer mandato con popularidad y con acciones efectivas, pero uno se pregunta dos cosas: 1) ¿valió la pena hacer tantas concesiones al capital si, al fin y al cabo, la derecha consideró al gobierno como su enemigo y no como su adversario?; 2) y por lo tanto, ¿una política más radical, más conforme a la historia del PT, habría costado más de lo que costó la política moderada, que algunos llaman neoliberal?

El lector comprenderá que estas páginas, escritas mientras se desarrollaba la campaña electoral en Brasil y concluidas inmediatamente después de su fin, se concentren más en este país. De todos modos, los dilemas y cuestiones de los que hablamos son representativos a escala más amplia que la del Brasil solamente aunque las realidades nacionales sean muy distintas. Por ejemplo, Kirchner puede exhibir un desarrollo económico incomparable, pero eso se dio después de una caída del PIB argentino del orden quizás del 30 %, posterior al fin de la paridad del peso con el dólar.

Peor aún que eso, los gobiernos considerados de izquierda no siguen una agenda común. Hay una proximidad muy grande entre Chávez y Morales, y eso probablemente es todo. Kirchner ha sido frecuentemente hostil a Lula, y un libro recién publicado en Brasil muestra que a Lula verdaderamente no le gustó ser tratado así. El Mercosur, del cual tres países tienen actualmente gobiernos más a la izquierda (el tercero de ellos, el Uruguay), se encuentra estancado. A la rivalidad entre Brasil y Argentina, o quizás entre Kirchner y Lula, se sumó el intento uruguayo de firmar un acuerdo comercial directamente con Washington.

Si adoptamos la sugerencia de Teodor Petkoff (quien sostiene que habría dos izquierdas en Latinoamérica, una que no aprendió nada con los tiempos recientes y sigue siendo autoritaria, extremista etc., y otra más moderada, más democrática, más próxima del capitalismo),³ quien sitúa a Lula y Bachelet en el segundo grupo y a Chávez, Kirchner y seguramente a Morales en el primero, constataremos que tal distinción no nos ayuda mucho. Puede ser rica conceptualmente y señalar caminos a buscar, pero, en primer lugar, no corresponde a alianzas productivas ni siquiera internamente entre los miembros de cada grupo. Brasil y Chile no han desarrollado una política común o relaciones de mejor calidad o importancia de la que cada uno de esos países tiene ya con otros. Por otra parte, si Chávez tiene una política externa más agresiva (lo que no significa más activa) que Lula, su proximidad de Morales o de Kirchner, a quienes ayudó con sus petrodólares, no es muy distinta de las visitas que hace a Fidel Castro o que hizo a Jadafi e incluso a Saddam Hussein. Lo máximo que quizás haya conseguido Chávez en lo que se refiere a una integración latinoamericana por la izquierda fue incitar a Evo Morales a ocupar *manu militari* las instalaciones de la empresa estatal brasileña Petrobras en Bolivia —hay un aspecto irónico en eso—; evidentemente, aunque Bolivia tenga el derecho y el deber de hacer que sus hidrocarburos le permitan salir de la

pobreza, el carácter militar y no negociado de la acción no contribuyó en nada a reforzar una unidad de izquierda latinoamericana, y es casi cómico que el ultimátum de Morales a Petrobras se terminara el 28 octubre, es decir, la víspera de la segunda vuelta de las elecciones brasileñas, lo que no podría dejar de ayudar a las oposiciones de derecha, quienes han acusado a Lula de no defender los intereses nacionales.

El segundo punto en el cual la distinción de Petkoff parece insuficiente —aunque teóricamente, repito, él pueda tener razón— es que no deja a sus políticos de izquierda «responsables» y democráticos otra salida sino la adhesión incondicional al capitalismo. Eso fue exitoso en Chile, pero por una serie de razones no susceptibles de repetirse en otros países. Es un país menor, las reformas económicas se hicieron bajo una dictadura cruel, los socialistas debieron aceptar por diez años un rol secundario en la coalición anti-pinochetista de gobierno y su Constitución conservó por largo tiempo una serie de artículos antidemocráticos que daban a los golpistas de 1973 un poder de veto sobre varias acciones del poder elegido por el pueblo. En Brasil la dictadura fue menos cruel y más nacionalista y el país exhibe una complejidad social y económica que hace imposible la repetición del paradigma chileno. Por así decirlo, la propuesta de Petkoff no dejaría a Brasil otra salida sino la que tomó Lula. Es posible que tenga razón, pero eso significa que por un largo tiempo las cuestiones principales que siempre se planteó el PT —la superación casi inmediata de la miseria, la superación a largo plazo de la pobreza, el desarrollo de la ciudadanía— no serán resueltas. Y no será el Psol, el Partido del Socialismo y de la Libertad, con su extrema izquierda, quien las podrá superar, porque es un partido nuevo, chico, y que «nada aprendió y nada olvidó», como los Borbones de Stendhal.

Podemos decir entonces que hay dos maneras de contestar a la cuestión inicial sobre el posible giro a la izquierda en la política latinoamericana. Primera: ¿Los países que eligieron a mandatarios de izquierda consiguen o por lo menos intentan seguir una política común? Hemos visto que no es el caso. Hubo intentos. El ministro de Exterior de Brasil, Celso Amorim, consiguió ampliar las relaciones Sur-Sur de su país, pero sobre todo con países de otros continentes que tienen una dimensión comparable a Brasil —en septiembre 2006 se reunió en Brasilia el IBSA, es decir, India, Brasil y África del Sur. También ayudó a crear el G-20, que en las negociaciones con los países más ricos intentó constituir un frente de países en desarrollo políticamente capaz de conseguir más ganancias para sus naciones. Ya Hugo Chávez sigue una política exterior muy presente, viajando con frecuencia —y muchas veces sin prevenir— a Cuba, a Brasil y a países más distantes. El problema es que ninguna de esas actividades, lulista o chavista, tuvo éxito en la constitución de un bloque de izquierda latinoamericano. Quizás Venezuela, Cuba y Bolivia formen un grupo político, pero es poco probable que sea influyente en la política internacional: Cuba hace tiempo que perdió el protagonismo internacional que en otros tiempos tenía, Bolivia se siente amenazada por la secesión de

parte de sus departamentos más ricos —y, finalmente, no hay contigüidad territorial entre los tres países ni complementariedad económica entre sus productos.

Pasemos entonces a la segunda pregunta que podemos plantear respecto a la cuestión del giro a la izquierda: ¿Estarán los gobiernos de izquierda cambiando para mejor la calidad de vida de sus pueblos? ¿estarán haciendo lo que deben para poder ser llamados de izquierda? La respuesta depende evidentemente de cómo definamos «izquierda». Sin desear recuperar la antigua distinción entre reforma y revolución, sobre todo porque hoy ya casi nadie se propone hacer revoluciones, hay una diferencia entre las políticas compensatorias con las cuales el neoliberalismo evita que su economía depredadora destruya por completo el tejido social y las políticas emancipatorias que prometió la izquierda cuando estuvo en la oposición. ¿Habrá entonces una convergencia de los partidos hacia el centro? Esta cuestión se planteó varias veces en Brasil, por ejemplo, sobre todo porque cuando el PT ganó la silla presidencial se dijo que sus acciones eran similares a las que su rival, el PSDB de Cardoso, se había propuesto emprender. Así, la primera ley importante que hizo votar Lula fue la del fin del límite constitucional de las tasas de interés (estaban fijadas en 12 %, aunque ese artículo de la Constitución de 1988 no fue seguido jamás), y la segunda fue una reforma de la Seguridad Social que, aunque más moderada que las propuestas por el gobierno anterior, también quitaba derechos a los trabajadores. Durante su primer año el PSDB le dio algún apoyo en las medidas con las que estaba de acuerdo, pero siempre añadía que el PT hacía mal y de manera ineficaz lo que los miembros del PSDB hacían o harían bien y con mayor eficacia. Pero, a mediados del mandato de Lula (en Brasil, presidentes, gobernadores, alcaldes, diputados y consejeros municipales se eligen por cuatro años —solamente los senadores tienen mandatos de ocho años), la actitud de la oposición cambió por completo. Empezó a hacer de todo para que Lula y el PT no pudieran gobernar. Pero el mayor equívoco sería considerar que eso se debió a una insatisfacción cualquiera del capital con el gobierno «de los trabajadores». Lula nombró para la crucial presidencia del Banco Central a un diputado que recién había sido elegido justamente por el PSDB y que antes de eso había presidido el Bank of Boston. El «riesgo Brasil» bajó muchísimo con su gobierno y se exportó como nunca antes. El capital, o por lo menos el capital financiero e industrial, está satisfecho con las políticas del gobierno Lula. Al mismo tiempo, las políticas sociales marchan. Paradójica o irónicamente, estamos en una situación de «paz social» mayor que en el gobierno Cardoso. Mi interpretación para la historia de la oposición respecto al gobierno Lula es que los dos partidos de la gran coalición Cardoso —el centrista PSDB y el derechista PFL— se dieron cuenta que el PT era capaz de hacer, mejor que ellos, lo que ellos se proponían hacer (el desarrollo económico), y aún alguna cosa más, que Cardoso no hizo, a saber, una reducción más pronunciada de la desigualdad económica y social. PFL y PSDB se dieron cuenta, por lo tanto, de que podrían perder su base social o sus fuentes de finanzas. Reaccionaron entonces con un discurso extremadamente moralista, con denuncias

de corrupción contra el gobierno, y se produjo así una fractura en la sociedad brasileña que se podría más o menos comparar con la división que ocurrió en Venezuela, entre ricos y pobres, con la gran diferencia que en Brasil tal ruptura fue obra de la derecha y no de la izquierda, de la oposición y no del gobierno. La prensa brasileña es casi unánime en su crítica a la supuesta corrupción del gobierno, pero pocas pruebas han sido presentadas hasta ahora y varias veces fue necesario interrumpir las investigaciones conducidas por la oposición en el Congreso porque ellas podrían incriminar a funcionarios del gobierno de Cardoso. Tenemos así una situación en la cual la clase media, sobre todo en el Estado más rico del país, São Paulo, tiene un verdadero odio al gobierno (como se puede leer en las cartas de los lectores que publican la revista semanal *Veja* y, en menor escala, los diarios *O Estado de São Paulo* y *Folha de São Paulo*), mientras los más pobres consideran que el gobierno, con programas sociales que la oposición misma no osa más criticar, mejoró sus condiciones de vida. La campaña electoral del año 2006 que terminó el 29 octubre con la reelección en segunda vuelta del presidente Lula y con un número mayor de gobernadores que lo apoyan comparado con aquellos que estaban con él hace cuatro años, fue extremadamente violenta en términos verbales. El hecho que el PSDB haya decidido presentar como su candidato a uno de sus líderes situados más a la derecha, Geraldo Alckmin, ex gobernador de São Paulo e hijo de un supernumerario de Opus Dei, ayudó a polarizar la discusión política: de un lado, acusaciones de corrupción; del otro, acusaciones de indiferencia ante los fenómenos de miseria y pobreza. Pero hay que recalcar que la agenda de la discusión electoral fue casi en su totalidad una agenda, por así decirlo, «de izquierda». Por ejemplo, aunque Alckmin haya solicitado a economistas de derecha que le escribieran parte de su plan de gobierno, en ningún instante defendió las privatizaciones y al terminar la campaña había prometido solemnemente no vender las compañías importantes que todavía pertenecen al gobierno como Petrobras, el Banco de Brasil, la Caixa Económica Federal y los Correos.

¿Qué conclusiones podemos sacar de esa situación compleja y a veces contradictoria? Parece que la cuestión de la pobreza y de la miseria se convirtieron en puntos que uno no puede más sacar de la agenda política, sea en Brasil o sea en Latinoamérica. (Cuando se eligió a Lula en 2002, en la red Globo de televisión, una de las más importantes del mundo, se le preguntó cómo sería su política económica; y después de una serie interminable de cuestionamientos Lula les preguntó por su parte: «¿y no consideran ustedes que la pobreza, la miseria sean por lo menos tan importantes como la deuda interna o externa?». A pesar de su posible sumisión a los dictados económicos de las finanzas internacionales Lula hizo las cosas de tal modo que no es más posible hacer a un lado a las políticas sociales.) Eso no vale solamente para Brasil. En todos los otros países de los que hemos hablado en este artículo, parece que no será más posible considerar a la miseria o la injusticia social como detalles. Hemos comentado todos los límites de los gobiernos «de izquierda» de Latinoamérica. A Cuba le hacen falta elecciones libres y

una economía sólida, a Venezuela, moderación política y un proyecto consistente, y así sucesivamente. Más que todo, no pudieron —y en algunos casos no lo quisieron, como parece haber sucedido con Kirchner, Vázquez y Morales— crear una integración entre las fuerzas de izquierda. Cada uno persigue sus objetivos propios. No avanzó nada la integración latinoamericana con los gobiernos de izquierda. Pero hubo y hay proyectos de integración de los pobres a la vida social. Y sobre todo hubo un enorme cambio simbólico. ¿Quién diría, hace algunos años, que Menem y Cardoso serían malos recuerdos en sus países? Cardoso personalmente sigue siendo popular, pero el recuerdo de su gobierno es negativo.⁴ Es muy difícil prever lo que va a pasar en los próximos años,⁵ pero de todos modos Lula y su partido salen más fuertes de los comicios de octubre 2006, con victorias incluso en algunos Estados, como Bahía y Pernambuco, donde eso no se esperaba en absoluto. Los dos líderes que mejor reflejan el antiguo caciquismo (*coronelismo*, en portugués) de Brasil, el ex-presidente José Sarney y el poderoso senador Antonio Carlos Magalhães, perdieron las elecciones en sus respectivos Estados, el pequeño Maranhão y el más importante Bahía.

¿Cómo concluir? Nuevos actores están en la escena política. En la peor de las hipótesis, serán casos de ascensión social de individuos o pequeños grupos (como sería el caso de Alejandro Toledo, en Perú —aunque él no haya sido un presidente de izquierda). En la mejor, se harán transformaciones económicas y sociales profundas— lo que suena muy difícil, porque los países de la región tienen economías muy dependientes de la globalización. Lo que pasará en los diversos países debe estar en algún lugar entre esas dos posiciones extremas. Es casi cierto que no se podrá olvidar más la injusticia social. Es probable que políticas públicas la reduzcan, pero sin suprimirla. Es posible que la violencia —el crimen común— siga aumentando, porque las políticas públicas no podrán seguir a la izquierda a un punto que permita inhibir la injusticia para así limitar también las rebeliones sociales informales que están en el crimen, organizado o no. Pero el resultado en especial de los comicios brasileños parece señalar que un segundo gobierno de Lula debería preocuparse menos con una derecha que no le hará cariños, y más con las capas sociales más pobres, las cuales por primera vez en la historia de Brasil votan por la izquierda. Este cambio es muy importante. Si él representa el fin del caciquismo, si representa un camino para la emancipación de las masas, es difícil decirlo. No sabemos si los ritos religiosos incaicos de la investidura de Morales representan algo muy rico e importante, o solamente una auto-ilusión. Tampoco sabemos si será posible gobernar a países más complejos con una perspectiva de izquierda. Pero lo que parece probable es que se consolide una cierta hegemonía de izquierda, a pesar de una oposición muy agresiva (por ejemplo, contra Chávez y contra Lula) —y que, por otra parte, tal consolidación no signifique ni la unión de los países con gobiernos de izquierda, ni siquiera un cambio radical en las condiciones de vida de los más pobres. Es en el interior de tales límites que el giro a la izquierda marcha.

NOTAS

1. Una anécdota de la política brasileña ayudará a comprender este punto de vista. En el interior del Estado nordestino de Alagoas, en los años 1970, un mulato bailaba con la hija del alcalde. Éste se irritó: «¿Quién es ese negro que está con mi hija?». Alguien le contestó rápidamente: «Es el hijo del gobernador del Estado». *Moreninho jeitoso*, dijo inmediatamente el alcalde, algo así como «morenito que baila bien».

2. Tal idea está presente tanto en los trabajos de Leoncio Martins Rodrigues, politólogo simpatizante del gobierno de Cardoso, como en los de Francisco de Oliveira quien, después de pertenecer al PT, lo dejó al comienzo del gobierno Lula por considerarlo demasiado a la derecha y escribió el libro *O ornitorrinco*, donde sostiene que el grupo dominante estaría formado por líderes sindicales con el control de los fondos de pensión de empleados públicos y, a veces, privados.

3. En su prefacio a Cristina Marciano y Alberto Barrera Tyszka, *Hugo Chávez sin uniforme: una historia personal*, Caracas, Editorial Debate, 2006.

4. Jô Soares, quien dirige el talk show más importante de Brasil, recibió en el premier semestre de 2006 al ex presidente. El público aplaudió varias veces a lo que decía Cardoso contra Lula. Jô Soares les preguntó entonces, si les gustaba Cardoso. La respuesta entusiástica fue que sí; y enseguida, si lo querían de nuevo como presidente. Y la respuesta todavía más vehemente fue que no.

5. Bárbara Abramo, astróloga del diario *Folha de São Paulo*, hija y nieta de una familia de periodistas de izquierda, escribió en 2003 un libro sobre cómo los astros veían al gobierno Lula. Sus pronósticos eran extremadamente favorables. No fueron confirmados por las crisis que sucedieran, unas explotadas por la oposición, otras causadas por el gobierno o el PT.

Renato Janine Ribeiro es autor de «La última razón de los reyes —ensayos de filosofía y política» (Colihue, Buenos Aires), de «Ao leitor sem medo - Hobbes escrevendo contra o seu tempo» (Editora da UFMG, Belo Horizonte), «A sociedade contra o social - o alto custo da vida pública no Brasil» (Companhia das Letras, São Paulo) y «A universidade e a vida atual - Fellini nao via filmes» (Elsevier/Campus, Rio de Janeiro). Tiene también una página web: <http://www.renatojanine.pro.br>